





YAOTL



Felipe Cuevas Ruiz

YAOTL



Primera edición: junio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Felipe Cuevas Ruiz

© Fotografía de solapa: Jorja Carreño

ISBN: 978-84-18663-98-7

ISBN digital: 978-84-18663-99-4

Depósito legal: M-18523-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Isabella & Marcello: almas que nutren y acompañan*





## Capítulo 1

TENOCHTITLAN, AÑO 1480

—Cocoxqui, chaneque de la enfermedad y la embriaguez, ¡despierta! —invocó el joven brujo Yaotl, el *Enemigo*. Luego, prendió el copal de la ofrenda—. Arrástrate hacia mí. Te necesito.

Agitó un atado de cascabeles. En el extremo había calaveras talladas en hueso. Gimió y luego calló. Era medianoche. La hojarasca se agitaba fuera de la choza. El aroma del copal lo hipnotizaba. Se puso de pie, los ojos cerrados y el rostro dirigido a la techumbre enramada. De pronto, apareció una serpiente. Avanzó por el piso de tierra apisonada. Se detuvo, alzó la cabeza y agitó la lengua bífida. Luego se enrolló en una pierna de Yaotl y comenzó a subir por su cuerpo sin que el brujo lo notara. Ya en el cuello, se enroscó y lo miró de frente.

Yaotl, inmóvil, callaba. No quería perder el interés del chaneque. Finalmente había aparecido después de arduas noches de invocación.

—Cocoxqui, divina entidad, recibe la ofrenda. Contiene jitomate, zapote, cacao, maguey, copal, hule, tabaco, algodón, chíca, pericón y maíz. Tú representas a Ometochtli, y cuando es de día te transformas en réplica de la amada Mayahuel, embajadora de la borrachera y la perdición. Tú, que eres deidad inferior, nos das pulque, y así, bebiendo, cometemos delitos. Provocas enfermedad y muerte. Te pido tu don para transmutarme y cautivar a Quiauitl.

Ella debe sufrir... Me despreció porque no soy guerrero —lloró—. Duele más que morir sacrificado. Duele más que el golpe de pedernal aquí y la mano que entra en mí para sacarme el corazón. ¿Qué quieres a cambio?

Yaotl levantó los brazos. Los ojos cerrados, no supo que la serpiente le miraba: la lengua bífida le examinaba. La sierpe descendió para escudriñar la ofrenda. El brujo se mantuvo concentrado. Entonces escuchó al chaneque.

—¿Me has dicho inferior?

—Eres terrenal, como nosotros. También caes en falta porque te embriagas. Solo los viejos y los nobles lo hacen.

—Soy la serpiente del maíz, y al igual que tú, no tengo plumas para unir el cielo y la tierra. Emborracho a los hombres porque me divierte. Mi deber es matarlos por enfermedad. La embriaguez es un pretexto, el vicio que los hace perderse. Mi inferioridad, como dices, cumple su propósito, aun sin que Teteo Innan-Toci lo apruebe. Esa abuelita qué sabe. Has perseverado, brujo, por eso vine. ¿Para qué quieres mi don? ¿Para infectar a tu amada? Enamórate de otra. Hay tantas...

—¡Quiero venganza! —respondió con demencia—. Quiauitl era mi canto, mi joya. Todo fue mentira. Años después desperté para vivir una pesadilla. Solo y lleno de odio porque el imperio mató a mis seres queridos. Pensaron que se desharían de mí. Te ofrezco algo que no podrás rechazar.

—...

—Tu ascenso en el reino de los dioses. Con mi poder puedes invocar a la deidad que quieras y entonces... Imagina en tus manos el control de la naturaleza: la lluvia, la fertilidad, el azar... ¡Serías poderoso!

—¿Qué propones? —preguntó la Serpiente de los Elotes.

—Un engaño.

—Si tan poderoso eres, ¿por qué no ejerces el don que me pides?

El brujo se acuclilló. Había captado su interés.

—No soy poderoso. Tampoco habito con los dioses. Te transformas en la criatura que deseas para infectar y matar. Yo soy persona, capaz de invocar a los seres superiores. Tengo justo la aptitud que necesitas. Nos conviene el intercambio.

—Brujo de los bosques..., tu nombre, «el Enemigo», le pertenece a Tezcatlipoca. Curioso, Tezcatlipoca te protege y lo ignora. ¿Sabes lo que haces, muchacho? Si te equivocas, el *Espejo Humeante* sería tu enemigo. Sufrirías lo peor. He oído de las catacumbas... Créeme, no te gustaría penar ahí.

—Ayúdame a convertirme, a ser depredador que contagia y mata. A cambio serás como yo: si invocas a un dios y te transformas, podrás engañarlo para tomar su lugar.

—Sería miembro de la orden superior —dijo Cocoxqui como si hablara desde las estrellas. Parecía convencido—. Provocar guerras y luego concluir las. Ver por las cosechas, el Universo y los hombres. Conozco a los dioses. Incompetentes. Engréidos. Me arrastro por el albañal donde se unen la alegría, la vileza, la fertilidad. Ya ves lo que provoca el pulque.

—¿Lo ves? Los dioses no sabrán.

—¿Por qué no? Nada está oculto. Lo hecho aquí tiene consecuencias allá.

—¡No! Los dioses fallan, por eso necesitan a otras deidades. Dioses y más dioses son creados y destruidos.

—Los conoces, pero no comprendes del todo. No hay errores en ellos, Yaotl, solo en los hombres que no elevan mente y espíritu, por eso ofrendan corazones y piden el favor celestial. Mientras no entiendan, seguirán siendo vidas breves hechas de la inspiración divina.

—¡No! —insistió Yaotl—. ¡Los dioses actúan con grietas! Si no, mi vida sería otra. El desamor quema. Soy humilde y ¡claro!, Quiauitl debía vivir en sociedad. Su familia me rechazó. Los aborrezco, y también a sacerdotes y nobles. Qué absurdas son las fiestas: gozan con la muerte en la pirámide. Desmembramiento y deglución de víctimas. El esplendor de Tenochtitlan intimida, pero es insostenible. Tiene la semilla de su propia destrucción.

—Estás confundido. Haces magia como el «artista divino» pero la rabia te ciega. Vives recluido. No te gustan las personas. Las detestas. ¿Quieres a la joven para apartarla de todo a lo que está acostumbrada? ¿Confinarla en esta pocilga? No importa, acepto. Nada más ten cuidado. El odio y la corrupción reciben su merecido.

—Dame tu poder. Después tendrás el mío.

—El tiempo y el orden es cosa tuya —dijo Cocoxqui—. Hagamos el intercambio.

La serpiente avanzó. Sus ojos cobraron vida. Resplandecieron. La luz invadió la choza y el bosque se avivó. Las aves canturrearon como si no fuera medianoche. Yaotl sudaba. Cocoxqui trepó en él hasta enrollarse en su cuello. Se puso otra vez frente a su rostro. Penetró su boca, con la misma lentitud con que las víboras engullen su presa. Las manchas del lomo se comprimían y distendían a medida que entraba. Por fin desapareció. El brujo cayó y comenzó a convulsionarse. Sollozó. Puso las manos en el vientre. Encogió las piernas. Se acercó a la ofrenda para aspirar el humo del copal. El rostro se le manchó de hollín.

Se arrastró hacia fuera y vio que los animales le contemplaban. Las aves, desde los árboles. Había también venados, armadillos y dos perros sin dueño.

Entre estertores, recitó:

*«Huele a flores  
los animales... qué miran.  
Esmeralda. Quiauitl.  
Desnuda, te adorno con plumas  
y pinto tu piel».*

Se desmayó.

Cuando la noche languideció, las criaturas se retiraron. La oscuridad no permitía distinguir el espacio. Los aromas sucumbieron a la pesadez tétrica y el tiempo se plegó y se dilató a voluntad.

## Capítulo 2

TENOCHTITLAN, 1465 (ANTES)

Camaxtli salió de su vivienda en el bosque. Iría a la ciudad para asistir a los sacerdotes del Templo en la celebración de la fiesta pluvial.

El alba rozaba las colinas. Las trajineras irrumpían en silencio la quietud del agua cuando los comerciantes se marchaban de las chinampas hacia la ciudad. A lo lejos, una nube cruzaba por encima de los volcanes.

De camino, Camaxtli se topó con cazadores de aves. Les aseguró que los pondría al tanto de los augurios. Le obsequiaron comida. Años atrás, el brujo Camaxtli había sido sacerdote. Era alto, con la piel curtida por la intemperie, de paso firme. Su cara era toda hueso y arrugas. Él atestiguó la migración de quienes contribuyeron al auge del imperio, aquellos que levantaron en pocos años la ciudad de doscientos mil habitantes: una densa y compleja comunidad guerrera. La ribera lacustre lucía bordeada por asentamientos y parcelas de cultivo; formaban un meandro de poblaciones. A lo lejos, Tenochtitlan parecía flotar, anclada a tierra firme por los caminos que se ramificaban de su interior.

Camaxtli se detuvo. Contempló la urbe como si fuera la primera vez. Vio los centros ceremoniales y las casas de los ricos. El Templo estaba escayolado de rojo, verde y ocre. Allí se dirigía. Si bien había sido teopixqui, renunció a tan noble posición para atender

un llamado divino, según explicó; aun así, los sacerdotes lo aceptaban como consejero. Admiraban su tolerancia al dolor en los rituales de purificación y su eficacia en el patrullaje nocturno, cuando examinaba el terror de la noche y daba protección contra los malos designios. El rostro ennegrecido, el morral de tabaco a la cintura y las orejas manchadas de sangre, levantaba el caracol para tocarlo y se pinchaba el cuerpo con puntas de maguey para trascender al orden superior. Lejos del exhibicionismo guerrero, también había demostrado ser rudo manejador de cautivos antes de ofrendarlos. Jamás perdió el decoro que distinguía a los sacerdotes experimentados. Soportaba la vigilia y laceración de lengua, espinillas, muslos, lóbulos y pene.

Esta vez participaría en la purificación de Etzalqualiztli, en honor a Tlaloc. Llegado el momento, teopixquis y aprendices salieron del Templo para reunir carrizos y bienes. En la tentativa, abusaban de la gente. Camaxtli lideró la procesión, pero no la violencia. Eso lo detestaba. Las personas huían. Las madres apartaban a sus hijos. Hubo gritos, amenazas, jaloneos. Los pobladores se esfumaban, abandonando inclusive sus pertenencias, que eran confiscadas. La procesión arremetió sin distinción contra quienes atrapaban para robarlos. Un comerciante que llevaba a costas un bulto de chiles secos, fue embestido por los jóvenes; al resistirse, lo rodearon. Después fue apaleado.

Luego vino el ayuno. El propósito, confirmarse sacerdote, refinado e infatigable, aquel que busca la devastación propia y controla el dolor. La violencia se desplegó al interior del grupo. Todos, incluyendo a los más tiernos novicios, no se opusieron al martirio. Al amanecer, pusieron su ofrenda ante el fuego sagrado: bolas de masa de maíz, chile, jitomate, con cuidado, de modo que nada rodara y ello ofendiera a Tlaloc. Desnudos, perforaron sus orejas. El hedor, mezcla de coagulaciones, sudor y sangre, se esparció. Un niño observó a Camaxtli. Lo consideró superior porque su aspecto no era lastimero. El brujo lo confortó, tomando su mano.

Comieron el único alimento del día y oraron en silencio. De noche, fueron al lago. Allí se bañaron. Después volvieron trititando. Durmieron amontonados sobre su ropa. Se tuvieron que conformar con el calor del cuerpo vecino. Algunos sollozaban, aunque más bien se oía un ronquido generalizado. La mayoría esperaba con ansiedad el amanecer. Camaxtli se dejó atrapar por sus ensañaciones, como concha de mar en la arena. Raras veces compartía sus reflexiones. Su reserva y el modo de ejercer el deber espiritual le habían valido conflictos. No lo expulsaron los sacerdotes porque lo consideraban un sabio, y toleraron que se volviera brujo. Coincidió con Nezahualcoyotl. Estaba convencido de que había un solo dios y que la buena fortuna no tenía que ver con el augurio ni el sacrificio de cautivos. En los cinco días nefastos del calendario, Camaxtli aseguró que no existía nada de qué protegerse, así que renunció al ayuno durante Nemontemi y, como prueba, no le había sucedido nada hasta ahora.

A mediodía, reconfortados finalmente por el sol, los sacerdotes continuaron acostados.

Se escuchó un llamado. Salieron a comer: pan de maíz bañado en salsa picante y fruta.

—Que no quede migaja, ¡que la salsa no se derrame! —indicó el sumo sacerdote.

La fiesta premiaba la individualidad y la competencia. Se daba la descalificación y humillaban a quien fallara. Lo sucedido la víspera se repitió por cinco días más. Parecía interminable, incluso para los viejos, cansados de una vida de dolencias; no obstante, también estaban bajo la cautelosa mirada colectiva y a la espera de que cometieran un error para acusarlos y marcarlos como «trasgresores» y propinarles un severo castigo o incluso la expulsión.

Las fallas ocurrieron. Las comunes: ofrendas mal dispuestas, fruta rodando, desorden en el espacio individual de rezo, un tropezón. Al final, los infractores fueron marcados y castigados. Del taparrabo los arrastraron al lago y casi los ahogaron. Los novicios prendieron papel y figuras de dioses hechas con incienso para

mostrarle a Tlaloc los fracasados. Hambrientos, humillados, los infractores fueron rescatados por sus familiares. Quienes superaron Etzalqualiztli, triunfaron.

A Camaxtli no le gustaba que se empleara la degradación. De regreso a casa, la gente de las aldeas fue a su encuentro. Los hombres le preguntaban si habría lluvia.

—En abundancia.

Su amigo Ectazin lo invitó a casa. Su mujer había preparado etzalli: revoltijo de maíz y frijoles. Aceptó. Era un honor tenerlo. Los señores se sentaron en sillas bajas, elaboradas con fibra vegetal y madera, y la esposa y una hija sirvieron de comer. Ectazin le contó de un recién nacido abandonado que ellos tenían y lo amamantaba una madre del calpulli.

—¿Dónde está el conetl? —preguntó Camaxtli. La señora apareció con el niño. Se lo mostró. El maestro (así lo nombraban fuera de la ciudad) abrió el cobijo y vio al niño dormido.

—Hace como que mama —dijo y sonrió.

—Ya viene la muchacha —dijo Ectazin. Apremió a su mujer para que fuera por ella—. No puedo tenerlo, maestro. No me alcanza. Mis hijos van al telpochcalli y mi hija estará aquí hasta que sea casadera.

—Yo lo criaré.

—¿De veras?

—Nada le faltará, y no necesita amamantarse por años como se acostumbra.

—Y tendrá buena formación, tratándose de usted.

—Te agradezco que lo hayan acogido.

La esposa de Ectazin entró con la muchacha, de unos diecisiete años, espigada y juncal; el cabello, largo y lacio; los ojos, oscuros: una luz bailaba en ellos. Cargó al niño e hizo una reverencia. Se apartó para alimentarlo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Camaxtli.

—Hace tres días que está con nosotros —dijo Ectazin.

—Mmm..., nacido este mes. Tlaloc verá por él. Yo le nombraré.



—¿Y lo traerá para que lo conozcamos? —preguntó la esposa.

—Y para que sepa quién lo amamantó.

La muchacha seguía de reojo la conversación; al sentirse aludida, se sonrojó.

—Lo que usted diga, maestro —dijo la joven madre.

—¿Eres hija de Amantecatli, el artista? Te pareces a él.

—Sí.

—¡El mejor artesano! Te agradezco que alimentes al niño. Me lo llevaré cuando termine, si no tienen inconveniente.

Los señores siguieron comiendo, acompañados de los hijos del anfitrión; entretanto, las mujeres prepararon al niño. Lo arroparon y le armaron un envoltorio con mantas. Cuando la muchacha se retiraba, Camaxtli la detuvo.

—¿Cómo te llamas?

—Xochitl.

—¿Qué flor te gustaría ser?

—¡Muchas!

—Eres bonita como cualquiera.

Xochitl se ruborizó y salió.

—Bonita. No cualquiera se pinta así los dientes de rojo y las mejillas de amarillo. Sus padres prosperaron y deben haberla casado bien.

—Con un mercader. Vuelve de viaje con mercancía muy buena —explicó la señora—. Pronto se mudarán a la ciudad.

—No lo dudo. Me voy. Es tarde.

—Lleve estas cositas para el conetl —dijo la señora y le entregó el envoltorio.

La señora le ayudó a ponerse el rebozo con el niño dentro.

—La comida, deliciosa. Gracias.

El brujo se alejó de la familia que le hacía señales de despedida. Siguió su camino.

Los guajolotes cloqueaban azuzados por los perros y él siguió devolviendo saludos. Llegó a su choza de noche. Un débil resplandor rojizo asomaba apenas por encima de los cerros abrigados

de pinos. Dentro de su choza percibió aromas de soledad: polvo, humedad. Acostó al niño en un petate.

—Reavivemos este lugar.

¿Quién lo abandonaría? El nacimiento de un mexica es algo extraordinario: la semilla de un guerrero. Quizá no es mexica. Lo observó.

—Hermoso. Ahora lo importante es que te cuide. ¿Cómo te vas a llamar? Te abandonaron, pero sobreviviste. Te enseñaré a amar la vida, la belleza, el arte. Te abrirás camino con ideas nuevas. La ignorancia no será para ti. Los sacerdotes y sus suposiciones. Quizá conozcas al poeta de Texcoco. Él sí comprende... Serás algo más que un oponente de la religiosidad, mi niño; serás el adversario más útil de nuestro pueblo. Te haré libre. Para el enemigo y bienhechor de Tenochtitlan solo hay un nombre: Yaotl.

Camaxtli miró a Yaotl. Se apartó de la realidad como si alguna ensoñación lo hubiera dejado inmóvil. Se avispó y dijo:

—¡Vamos con la señora que te alimentará!

## Capítulo 3

YAOTL EN LA ACTUALIDAD

Mi papá me dijo:

—Te voy a cantar, aunque tenga fea voz.

Yo estaba acostado. Era pequeño.

—Pedí al Creador que me ayude a componer. ¿Quieres oír?

Los capullos, cómo brotan  
dan marco a tu ánimo.

Tu sonrisa complace.

Mis palabras cantan.

Colman de sonoridad el florido patio.

Me gusta volverme instrumento del Creador. El pensamiento se hace materia. Me dejo llevar y entonces la belleza queda tallada en piedra, plumas, canto. No soy artista, pero sé que la creación es un diálogo entre el hombre y lo divino. Quizá sonreí cuando Camaxtli me cantó, no recuerdo, pero sus composiciones fueron parte de mi niñez:

*Si me voy  
antes te llenaré de gozo  
recordarás mis palabras.  
Mi canto será tu cualidad  
tu vida abrirá como corolas.*

La gente decía que yo era brujo, demente y huraño. Que no hablaba, solo entregado a mis conjuros. Pero no soy eso.

*¿Estás seguro?*

Hoy te ignoraré... Poseo una consciencia avivada. Así me enseñó mi padre. Ojalá tuviera alma de artista.

*¿Como el huelneci? ¿El guapo del imperio?*

Sería el artista-dios que rige su propio universo. Pero no puedo. La brujería me reconforta. En ella la realidad se dilata. Veo desde perspectivas diferentes. Sé qué piensa la gente y qué siente. En cambio, si fuera cantor, hubiera actuado en los banquetes. Fantaseaba con cantar con ese timbre único que tienen los cantores. Las jóvenes se habrían enamorado de mí y las hubiera llevado a mi choza... Pero no, mi vida fue diferente. Los dioses me dieron otro destino y solo amo a una mujer.

*¿Solo una?*

Amé también a la madre de mi hijo. Vuelve la canción. ¡Ahí está Camaxtli! Pregunta si tengo hambre, si quiero a mi nodriza.

¡Vamos con ella!

Me toma en brazos. Sale. Silba la tonada. Me lleva a otra choza, también alejada del poblado. Allí está la señora que me amamanta.

Años después, cuando Camaxtli se enfadaba, silbaba para hacerme volver a casa cada ocasión que me iba al campo. La naturaleza es más divertida, lejos de la gente. Por eso los guerreros se atavían como jaguares y águilas. Se empluman brazos y piernas. En este mundo pintado, los hombres somos sencillos dos-patas desprovistos de colorido. Por eso los guerreros se renuevan en cada batalla. Se adornan de animalidad. Toman la apariencia y el poder de las criaturas. El amanuense diseña el atavío, el artesano recrea al jaguar y al águila para llevar la belleza a otra realidad, combinación de bestia y agudeza humana.

*¿A quién pretendes educar?*

Admiro el genio mexicana y la vida ceremonial, pero no las contradicciones de los sacerdotes. Curioso, cuando los hombres se dis-

frazan de hombres, como cuando los guerreros ponen fin al Desollamiento de los Hombres y obligan al cautivo a combatir contra cuatro caballeros águila. Lo emborrachan y le dan un garrote y una maza tachonada como única defensa. Lo hacen moverse, lo fintan, juegan con él. Entretienen a la gente. Prolongan su actuación. Y cuando la «batalla» termina, lo desnudan. Solo le dejan el taparrabo. La muchedumbre al pie de la pirámide enardece. Le dan más de beber. Solo así podrá soportar su destino. En la piedra, lo ponen bocarriba. Cuatro sacerdotes sostienen sus brazos y piernas. Lo arquean. Exponen el pecho. El cautivo forcejea, intenta defender el último fragmento de vida. Entonces el sumo sacerdote asesta el golpe fatal. La víctima gimotea, muere.

*Confiesa que sentiste compasión. ¿Cómo se llamaba? ¡Ponle rostro!*

No sé su nombre. Es un guerrero enemigo a punto del sacrificio. Tiene la piel muy oscura, es musculoso, alto, bello. Su mirada resulta sarcástica, aun sin el propósito de serlo, aunque expresiva en el instante de la muerte. El sumo sacerdote mete la mano y arranca el corazón. Lo muestra a la muchedumbre y a los cuatro puntos cardinales. El cadáver queda con los ojos abiertos. Corazón en mano, el sacerdote mancha de sangre el ídolo de Huitzilopochtli y lo pone a quemarse en una vasija de águila, en su honor. Cortan la cabeza, la encajan en el asta de cráneos. Los restos se los darán a la familia y al templo del guerrero que lo capturó en batalla. Lo habrán de desmembrar y comérselo en tamales. El homenajeadado se viste con la piel de su capturado. Entonces sale a las calles disfrazado de sí mismo, de hombre, untando la sangre de su vestimenta macabra en las bocas de piedra de los ídolos. Ridículo, porque adquiere una doble humanidad, una doble imperfección.

Según Camaxtli, los sacerdotes crearon los dioses para embrutecernos. Religión y guerra: sumisión. Las Guerras Floridas, artificiales, eran para conservar la fascinación del sueño guerrero y dejar que la población creara sus héroes. Qué astutos. Así levantaron el imperio.

Me reconforta pensar en mi padre, mi luz en estos túneles. Me

crio y me dio el conocimiento. Yo lo ejercí. Al igual que los amanuenses, recreé la naturaleza para exaltar su belleza y mi amargura.

*No tienes talento de amanuense.*

Tampoco olvido a Tzopelic, mi madre adoptiva. El primer día con Camaxtli me llevó con ella. Acababa de parir, así que tenía con qué alimentarme. En cambio, la señora Xochitl, la joven madre que me amamantó cuando estuve con el señor Ectazin, me hizo amar a su hija; me hizo amar a Quiauitl. Una vez nos dio pecho al mismo tiempo... Cada quien con su teta.

Al final de mi vida en el mundo, después de la confrontación con Quiauitl y Tezcatlipoca, vivo en en estos túneles. Aquí reflexiono y recuerdo. La mujer que amo murió hace siglos. Quisiera alejarla de mi mente. Por eso, ahora, pienso en Tzopelic. Camaxtli, aun viejo, se hizo cargo de ella. Su amor no era secreto. La expulsaron del calpulli porque trajo al mundo a un niño sin confesar quién era el padre. Se llamaba Cualli. No había nacido inteligente. Ser xoxotl era su castigo, decía la gente. Componíamos una familia rara. Camaxtli y yo vivíamos en nuestra choza; Tzopelic y Cualli, en la suya. Ella me amamantó tres años. Sigo admirando sus senos pues apenas perdieron la firmeza de su juventud. Me impresionaba su magnificencia maternal. Con ellos se abría paso entre la gente y enloquecía igual a hombres y a mujeres.

La vez que la vi desnuda sufrí de ensoñaciones, y comencé a hacerla de mirón cuando se bañaba. Acarreaba sus afeites en un huacal, y, en un costalito, leña para calentar agua. Como en el temazcal de piedra se estaba en penumbra, se lavaba al tacto, o entreabría la enramada para que entrara luz. Si Camaxtli me hubiera descubierto, me habría molido a palos.

Fantaseo. Estoy fuera del temazcal... camino con sigilo hacia la abertura entre el quicio y la enramada. Una visión imprecisa: Tzopelic se mueven en el vapor. Qué cuidado pone en su cabellera y de qué modo se unta aceites en la piel aún no tocada por el agua. Se humecta en una labor notable de amor a sí misma. Se enjuaga. Los pechos se menean al alzar los brazos para tallarse. Tiene las

areolas ovaladas; casi se confunden con el resto de la piel. Siento un hormigueo ventral. ¡Esos pechos me alimentaron! Tzopelic se frota con el jabón de copalxocotl, trazando redondeces. Es irresistible, sin importar que ya comienza a entrar en carnes. Gira y se echa agua con la jícara. Las nalgas no han perdido esfericidad ni hermosura. Curvea el torso. Cruza por su mente un pensamiento. ¿Acaso música?, porque contonea las caderas. Lava la frondosidad del pubis. Su nenetl dista de ser el antro insaciable del que todos hablan. No sé si alguien más la amó, pero creo que mi padre fue el único. Habló de él siempre con tanto cariño.

Con los años recuperó la honra. El calpulli reconoció su decencia. Si consigo salir de los hediondos pasadizos, Tzopelic bañándose, será la imagen que me lleve a la muerte.

Ya debo hablar de ti, Quiauitl. Ojalá te alcance mi pensamiento. Te amo. Te aborrezco. ¡Maldita! Me encerraste. ¡Ámame! Dame el afecto de cuando éramos niños. No importa si has muerto y yo esté encerrado y detrás de los espejos.

*Estamos reclusos...*

Persistiré para conseguir el ideal que no tuve en mi tiempo. Camaxtli pagó su precio. Luego supe cuál fue el mío, más severo que morir. Y si es cierto que los guerreros vuelven al mundo como mariposas, quisiera revolotear como ellos. Tendría la boca para sorber néctares y para palpar tu territorio sensible. No voy a permanecer en esta, la región de Tezcatlipoca. Estoy rendido.





## Capítulo 4

TENOCHTITLAN, 1465

—¡Al fin volviste! —reclamó Atzauatzin—. ¿Y así? ¿Vestida de fiesta?

—Fui a alimentar al niño de Ectazin y me gusta arreglarme.

—Tu hija no ha dejado de llorar. ¿Prefieres alimentar a un huérfano?

—El niño no tiene ninguna culpa. Además, el señor Camaxtli ya se lo llevó.

—Qué bien. Van a decir que eres chismosa.

Quiauitl lloraba. Su madre la alzó del kosoli, de entre el tejido y la escobita.

—¿Ya está lista la presentación de la niña? —preguntó el marido, más tranquilo.

—No llores, mi lluvia de campo. Llegó mamá —dijo y comenzó a amamantarla.

Atzauatzin comía. Se sirvió más etzalli de la cazuela.

—¿Qué nombre le pondrá el maestro? —pensó ella en voz alta—. Dice que traerá al niño pronto.

—Nada más falta que cuando muera ese demente deba yo mantenerlo. Dirán que el chamaco solo tiene a su nodriza.

—El señor Ectazin se encargaría de él. ¡Ah! —masculló.

—¿Qué?

—Aún tengo saliva del niño y así le di pecho a Quiauitl.

—Baba de huérfano...

—Eres cruel.

—Mi hija no se mezclará con gentuza. Sabrán los dioses qué agüero pueden traer. ¡Dale el otro chichiual!

Le ofreció el otro seno. En la apuración, se le cayó el huipil. Quedó con el torso desnudo. La niña repudió el pezón. Lloraba. «Anda, mi lluviecita». El marido observó la espalda de Xochitl: la línea dorsal atravesaba con sensual verticalidad su dorso hasta fugarse bajo la falda. La imaginó evaporada ante el suave fulgor de la llama. Se le pasó el malhumor. Pensó que ella le daría un niño, un guerrero, que pondría en alto su nombre. Contempló a Xochitl y a Quiauitl amarse. Mantenían un diálogo íntimo del que él no formaba parte. ¿Cómo incluirse? Se levantó y las abrazó.

—Nada más que la niña se duerma —dijo ella—, desvísteme.

Atzauatzin y Xochitl se conocieron desde niños, sin saber que sus padres deseaban casarlos. De acuerdo con la costumbre, formaron una alianza en beneficio de ambas familias; sin embargo, los muchachos de todos modos se enamoraron.

Atzauatzin rehusó ser sacerdote. La fisonomía lastimera de estos le horrorizaba, y más la del clérigo que lo educó. Corría a esconderse en cuanto lo veía. Tampoco ingresó al telpochcalli. Carecía de fuerza física, así que se privó del sueño guerrero. Se dio al comercio, igual que sus ancestros. En Tenochtitlan se esperaba que los hijos pertenecieran a la casa guerrera o la sacerdotal; si no, sobrevenía una supuesta deshonra. A Atzauatzin no le importó y se convirtió en mercader. Si bien dicha labor no era vista con los mejores ojos, era lucrativa. Desde pequeño viajó con su clan a sitios lejanos, donde inclusive los mexicas no predominaban, y comerció en casa con altos márgenes que pronto le proveyeron un caudal: piedras preciosas, dijes, máscaras, arte plumario, armas, canteras labradas, cacao y macehuales. Pronto dominó el arte de

la negociación. Aprendió idiomas e hizo amistad con personas de territorios lejanos. Se ausentaba a veces por mucho tiempo. Eso lo ilustró y enriqueció. A los veintidós años ya era respetado. A su regreso, visitaba a Xochitl.

Cuando supo que sus padres deseaban casarlo con la muchacha de dieciséis años, inició el cortejo bajo la supervisión de la familia. La cortesía y los buenos modales eran muy apreciados. Ese día le cautivaron las maneras de Xochitl, su mesura y altivez. Había en ella coquetería y recato, sin llegar a la sumisión. Era menuda, de facciones agradables. Daba confianza. Llevaba el cabello trenzado, y, como en los días de fiesta, lo ató con listones de colores.

Los padres de Atzauatzin le llevaron regalos. Frente a todos sirvió atole y tamales con soltura; solo verla, estuvieron seguros de que sería buena esposa. Su padre, un artesano reconocido, la cultivó. Sus visitas al templo le permitieron conocer a las personalidades de su tiempo. Así forjó un carácter firme. Aprendió a utilizar la expresión más apropiada en cada ocasión.

Los padres de la muchacha, luego de los discursos, accedieron al compromiso. Días después, los suegros fueron por ella, y, en fingido rapto, la llevaron a su casa en comitiva, los parientes alrededor, aplaudían y festejaban.

Atzauatzin la recibió risueño. La abrazó con amor y la invitó a sentarse. Xochitl anudó una esquina del manto de su esposo a una punta de su enagua, como símbolo de unión. Le dio de cenar a su esposo en la boca, mientras la celebración acontecía fuera. Terminada la cena, se dispusieron a irse a su propia casa y disfrutar de un encierro de cuatro días. Caminaron junto a los niños, que corrían a la redonda, mientras los adultos aclamaban; los adolescentes bromaban, aludiendo la unión sexual.

Ya en casa, hubo silencio. Xochitl lo sintió como un suave lienzo en la piel. La celebración regresó de donde venía. Los esposos prendieron una llama. «¿Quieres agua?», preguntó ella. Atzauatzin la tomó de los hombros. Ella admiró su atuendo y bajó la mirada. El esposo no asistió a su boda ataviado con el retraimiento de su oficio,

con ropa de fibra de maguey. Vistió una prenda de algodón blanco. Se peinó a la usanza guerrera con el tocado montado sobre un ligero armazón de mimbre, sujetado con correas a la espalda, otorgándole un estatus que no le pertenecía, aunque el emblema de piedras y plumas le dio una apariencia que evidenció su patrimonio.

—Quiero darte tus regalos.

Xochitl recibió un mantón foráneo finamente bordado y diez más de algodón; un atado de plumas preciosas, una máscara de concha nácar, esmeraldas, jade y dos pares de sandalias de piel. Los presentes significaban un detalle de aprecio que superaba al de cualquier matrimonio.

Acostados, oyeron la noche: perros ladrando, grillos, silencio. Se tomaron de la mano, se acariciaron el rostro y el cabello: un suave preámbulo para la virgen y la bienvenida al varón, experimentado gracias a las ahuiani de sus viajes y las Casas de la Alegría locales.

Xochitl sintió por primera vez la cercanía de un hombre. Lo olió, presa del ardor y a la espera de un movimiento.

El mercader no quiso volcarse sobre su esposa. Abochornado, alzó las rodillas para ocultar lo evidente. Para distraerse recordó las palabras de su padre: «Con las mujeres no seas como los perros, atragantado: no te des antes ni en exceso. Como el maguey, producirás abundante miel, así que no te seques. Las mujeres desprecian a los desgastados». Abrió los ojos para volver a la realidad, a su noche de bodas, a sus piernas tratando de contenerse y a Xochitl tocándole la mano con suavidad. Palpó su cadera. Retiró la mano. El contacto con ese cuerpo, firme y primerizo, lo introdujo a ensoñaciones voluptuosas. Evocó a Yoatzin, su ahuiani preferida, a la que visitaba a pesar de que temía el castigo de la diosa Xochiquetzal. Se acordó de la Joven de la Alegría bailando semidesnuda con el cabello suelto, mascando chictli. La ahuiani era su emblema secreto del placer. Ah..., el recuerdo de sus caderas, de su vulva: el Lugar de la Alegría. Aquel aroma creyó percibirlo en su esposa, pero con ella tendría el goce y más: la crianza de los hijos, el amor y la aceptación pública.

Se concentró en Xochitl. Durante la celebración estuvo enmascarada con la insignia ritual, los muslos y los brazos abrigados de plumas, la cara coloreada, portadora del maíz humano, guardiana de su propia continuidad. «¿Me habré despilfarrado? No quiero secarme como maguey acuchillado antes de tiempo».

En la cama, el pene resaltaba bajo la manta. Se oyó la madrugada. El mercader fue cediendo al sueño, sin voces ni cantos ni bailes. Se olvidó de su ardor y de Xochitl a punto de despertar.

